

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 9 DE JULIO DE 1922

NUM. 19.792

BENAVENTE Y MIS CRÍTICAS

LA IMPORTANCIA DE LOS TITULOS

Con motivo del éxodo del Sr. Benavente, me he visto aludido con injusticia o ligereza. Siento el deber de reiterar mi opinión sobre el teatro de este autor.

Ha tiempo que he señalado en la dramaturgia benaventina una tara radical: hibridismo, esterilidad escénica. Es el suyo un teatro antiteatral, que no necesita de actores propiamente dichos; basta con una tropa o pandilla de aficionados. Tan pronto como este estilo de teatro, o sus imitaciones, predominen, por fuerza irán desapareciendo los actores. Las «personas dramáticas» benaventinas apenas si tienen de dramáticas; y en cuanto a personas, no pasan de personillas. Son seres medios, seres habituales (*average people*), cuando no entes pasivos. Esta característica de la humanidad benaventina la enuncio a título de hecho cierto y evidente; no se vaya a entender que la denuncio como crimen flagrante. Así es el teatro benaventino; y así son sus criaturas dramáticas. Criaturas vivas—que es lo esencial—, muchas de ellas, a pesar de su mediocridad, o quizás por su mediocridad; y en tal sentido, artísticamente están bien y en ocasiones mejor que bien. Pero, a lo que voy, y es en lo que hago hincapié; siendo criaturas medias o nulas, basta, para interpretarlas, cómicos medianos y aun nulidades. El teatro del Sr. Benavente, considerado como fenómeno artístico único, aparte, (que es, después de todo, como hay que considerar cada fenómeno de arte), merece nuestro respeto, ya que no nuestra adhesión. Pero la coacción intelectual, mediante la cual, con gesto compulsivo se nos conmina a que aceptemos ese teatro antiteatral como canon sumo de todos los teatros añejos, hodiernos y venturosos, esto es lo que nos mueve a sacar el pecho fuera y enfrentarnos con este seudoteatro, no tanto por animosidad hacia él, cuanto por espíritu de veracidad y en defensa del Teatro (con mayúscula); el Teatro de siempre, desde Esquilo hasta nuestro días.

Aun suponiendo que el teatro del Sr. Benavente se hubiera extendido a todos los países y lenguas, ¿se concibe de alguno de los grandes actores modernos, de universal nombradía, seleccionando tales o cuales obras del Sr. Benavente para fijarlas de repertorio, y en ellas, como en el patrón más ancho, verse, colmándolas, con que así demostrase el actor lo caudaloso de su personalidad? ¿Se concibe a Sara o a la Duse, o a Zaccari, Novelli, Guitry senior, «duciéndose» y patentizando su capacidad de actores en la representación de las obras benaventinas? ¿Qué obras elegirían? ¿Los intereses creados, *Lo cursi*, *No fumado*, *El tren de los maridos*? Sería algo así como un gimnasta que para ostentar su fuerza levantara vejigas hinchadas de

aire. Los actores españoles, más o menos distinguidos, de estos últimos tiempos (los Mendoza-Guerrero, Calvo, Tallaví, Morano, la Xirgu, Borrás, Muñoz), o han excluido de todo punto en su repertorio las piezas del Sr. Benavente, o representan de tarde en tarde una o dos, cuando más, y eso, en parte por haberlas estre-

Sr. Benavente? El otro, sin falta, responde con vaguedad: «Tantos... en este instante no recuerdo». Haced la misma pregunta acerca del teatro de Galdós. El que lo haya visto jamás lo olvida, y os responderá diligente: «el abuelo, don Pío Coronado, doña Perfecta, Caballuco, Pantoja, la Loca de la Casa, Pepet...»

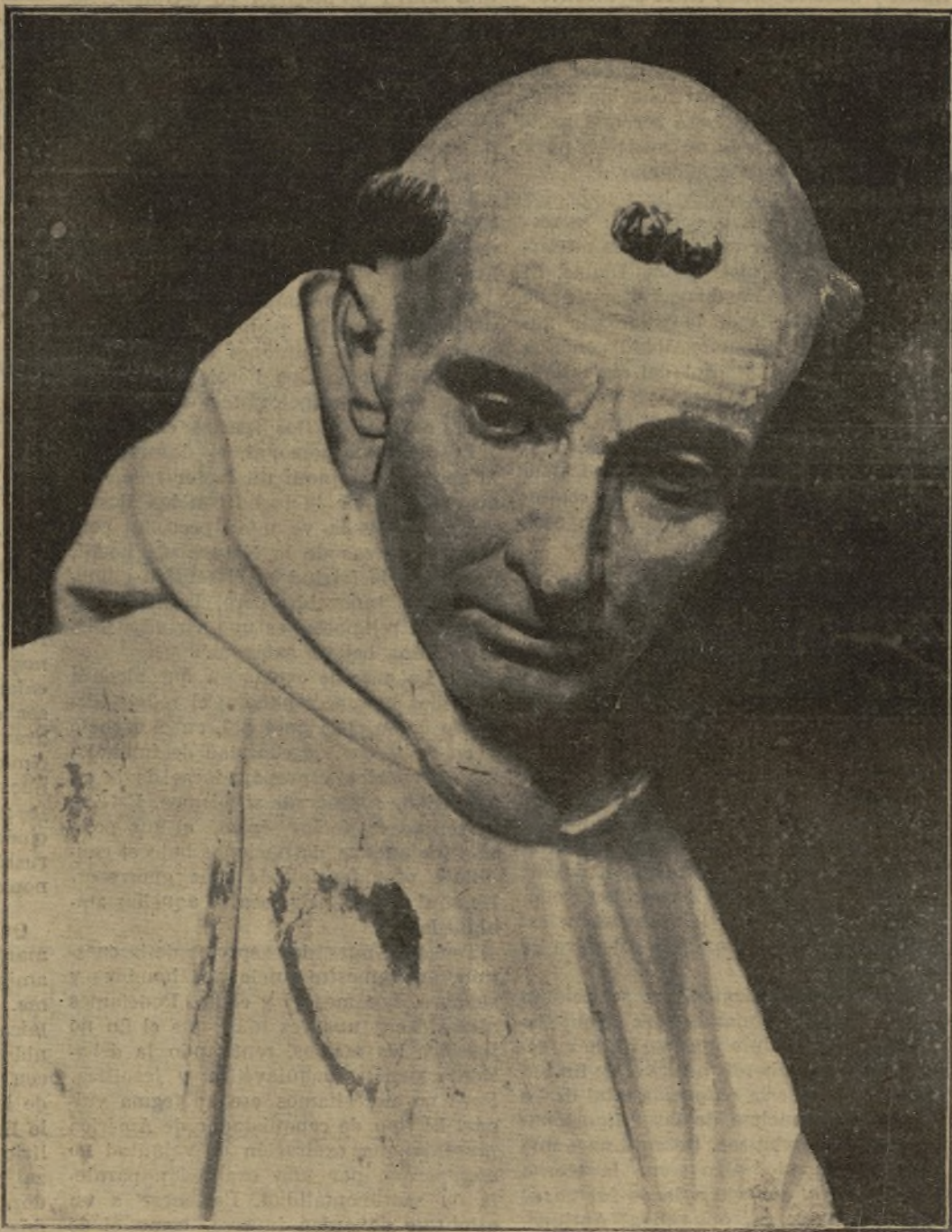
llevan por título un nombre personal: el del protagonista.

Los personajes del Sr. Benavente siempre se llaman Pepita, Juanita, Pepito, Juanito, doña Josefa, doña Juana, don José, don Juan. (A lo mejor, en el teatro del Sr. Benavente no hay ninguna Pepita ni Juanita. No lo tengo presente ni voy a

molestarme en comprobar esta futilidad. Si no Pepitas o Juanitas, serán Amparitos o Ursulas. Lo que quiero decir es que los personajes se llaman X.) Claro que no todos los individuos benaventinos son Pepes y Juanes. El Sr. Benavente ha escrito obras que se suponen acaecer en la India, (nada menos!; en Italia, en Escocia, en diversos reinos imaginarios, hasta en Islandia... (En una entrevista reciente, el Sr. Benavente declaraba que todos sus personajes los había «arrancado del natural; de la vida misma». ¡Qué pueril alegato! Como si la textura y viabilidad de una creación artística se determinase por cotejo con las unidades de carne y hueso que forman la trama del vivir cotidiano... El centauro, el sátiro, la sirena, la ninfa, ¿estarán tomados del natural y extraídos de la vida corriente? Toda gran creación artística es un monstruo, puesto que es un símbolo universal. Si el arte fuese tan solo la copia del natural, la música no sería arte, la danza no sería arte, el arte literario más alto no sería arte. Pero, lo más curioso es que el Sr. Benavente, que no ha salido de un café madrileño sino para ir a Buenos Aires, por dos veces, haya tomado del natural sucesos que han lugar en los países exóticos antes enumerados. Ciertamente es que nuestro autor es un espiritista convencido; y su convencimiento en algo se fundará. Digo que los personajes de estas obras que pasan en hueñas tierras no son Pepas y Juanas, ¡no faltaba más!; pero aun cuando llevan apelativos raros, en los oídos y en la conciencia del espectador, suenan como Juanas y Pepas de por allá. También en *La noche del sábado* hay un personaje muy pomposo que se llama Imperia. Aseguran los hermeneutas que este personaje está lleno de significación; significación que nunca he visto dilucidada, y yo confieso que tampoco he podido desentrañarla. De ser el autor de la obra, para mayor sugestión de misterio trascendente, yo hubiera puesto al lado de aquel personaje otro masculino que se llamase República.

Digo más arriba que no sé por qué las grandes obras dramáticas llevan siempre por título un nombre personal. Por pasiva; las obras dramáticas secundarias jamás llevan por título un nombre personal. Como quiera que todos, o casi todos quienes escriben obras dramáticas aspiran a competir con las mejores, o al menos, simular e imitar el aparato, la técnica, la traza externa, el aire de las obras

JOYAS DEL VIEJO ARTE ESPAÑOL



SAN BRUNO, ESCULTURA DE MÁRMOL POLICROMADO, POR MANUEL PEREIRA. — Cartuja de Burgos

nado, en parte como oblación al fetiche de la fama.

Y es que en las obras del Sr. Benavente no hay situaciones dramáticas; pero, sobre todo, no hay personas dramáticas, no hay caracteres.

Cuando algún hombre rutinario me ha hablado con énfasis vacío del teatro del Sr. Benavente, yo le he atajado con esta pregunta: «¿Qué grandes figuras, qué caracteres, recuerda usted del teatro del

Hablad de Shakespeare y se os responderá: «Otelo, Hamlet, Ofelia, Desdémona, Yago, etc., etc.» Hablad de Molière, hablad del teatro griego, y el interlocutor, con un simple vocablo, os delineará corpóreamente en el aire el contorno de un personaje agigantado, que en sí asume un ciclo de sucesos patéticos, es decir, una obra dramática culminante e impecable. No sé por qué; pero ello es que las grandes obras dramáticas siempre

excelentes, sirviéndose de artificios y triquiñuelas innumerables, ¿en qué consiste que no imitan este pequeño pormenor, el más fácil de imitar? Enigma. Acaso la razón se cifra en la génesis contrapuesta de una suprema creación artística y de una simple obra de arte, de tensión media. Acaso en la imaginación creadora del verdadero dramaturgo el drama nace como un individuo poderoso, con un carácter peculiar, del cual se engendran necesariamente ciertas acciones desusadas, éstas o aquéllas, igual da, puesto que la tónica de las acciones la da el carácter, así como las acciones dan la medida del carácter; de donde, el contenido de la creación dramática son las acciones, o sea, los hechos presentados en su motivación y referidos al agente; por lo cual al argumento o maraña se le suele decir «acción», por antonomasia. En tanto, en las obras secundarias teatrales, el punto original de su génesis no es un carácter sino un hecho o serie de hechos, un argumento, vistos desde fuera y no en su motivación; hechos encadenados mecánicamente, a modo de fábula; hechos genéricos, que no individuales; o bien sentimientos e ideas, genéricos asimismo (el amor, la bondad, la tolerancia, el egoísmo, el maurismo, la germanofilia), como en la mayor parte de las obras del Sr. Benavente; de donde, siendo las ideas y los sentimientos de orden genérico; los personajes que las emiten e incorporan tendrán que ser imprimecindiblemente tipos indistintos y genéricos: Pepas y Juanas. ¿Cómo, entonces, han de llevar por título el nombre de un personaje? Esto es materialmente imposible, aunque el autor se lo propusiera.

Un ejemplo: *Lo cursi* es una comedia entretenida, ingeniosa, fina, sutil. Asunto. Un matrimonio joven. El, aunque enamorado de su mujer, anda demasadamente disperso fuera del hogar. La mujer, de acuerdo con una tía, buena señora, maquinan una estratagema con que ponen celoso al marido y le traen humilde al redil conubial. Como esta comedia (no digo en lo tocante al arte, sino al asunto) hay infinitas. El es cualquiera. Ella es cualquiera. La tía es cualquiera. La verdad, no me acuerdo del santo de su nombre (ni pienso que nadie lo recuerde). Pongamos Pepe, Pepa y doña Pepa. ¿Podría titularse la comedia *Pepe, Pepa o Doña Pepa*? ¡Qué ridiculez! Pongamos que él se llama Aquiles, y ella Cleopatra, y la tía doña Teodosia. ¿Podría titularse la comedia *Aquiles, o Cleopatra o Doña Teodosia*? Más ridículo todavía. Lo que ocurre es que la génesis de la comedia no fué un carácter, sino una idea genérica. Pepe juzgaba de mal tono los matrimonios amartelados. Entre su mujer y la tía le convencen que «lo bueno nunca es cursi». La comedia tenía que titularse *Lo cursi*, o algo por el estilo; *La verdadera elegancia*, *La tía modelo*, *La escuela de la felicidad*, *En casa del fotógrafo*, *El viernes por la mañana*. Todos estos rótulos, y muchos más, convienen a la comedia intitulada *Lo cursi*. Otras comedias del Sr. Benavente se titulan: *La propia estimación*, *El mal que nos hacen*, *La fuerza bruta*, *La noche del sábado*. ¿Podría adscribirse a las tragedias griegas, a los dramas de Calderón, de Lope, de Shakespeare, de Galdós, títulos genéricos? Absurdo. *Edipo, rey*, *Prometeo*, *Hipólito*, *Alceste*, *El alcalde de Zalamea*, *Peribáñez*, *Hamlet*, *Otelo*, *El abuelo*, no hay manera de titularlos sino así. Vaya, que sería admirable que *Hamlet* se titulara *Piensa mal y acertarás*, o bien *Otelo*, *El pañuelo blanco*.

Una obra ha producido el Sr. Benavente que lleva por título un nombre personal, mejor dicho, un remoque familiar y afectuoso: *La princesa Bebé*. Pero ya

hemos escrito y probado (*Las Máscaras*, volumen I) que esta obra es un libreto de ópera, sin música; algo así como *La princesa del dólar*, *El conde de Luxemburgo*, *La viuda alegre* y *La divorciada*. *La Malquerida* es un título falaz, puesto que la tal malquerida no es la almendra genésica de la obra. La protagonista de la obra no es la «malquerida», sino su señor padre político. Una obra del Sr. Benavente hay que lleva un título casi per-

sonal, y podría llevar con justicia un título enteramente personal: *Señora Ama*. Aunque esta obra se titulase *Josefa*, esa Josefa sería una poderosamente distinta de todas sus tocayas, como la Carmen de *Merimée* es una Carmen diferentes de todas las Cármenes. *Señora Ama* (por lo menos en los dos primeros actos) es una genuina obra dramática, de las del canon eterno.

Ramón PEREZ DE AYALA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

EL CONQUISTADOR ESPAÑOL DEL SIGLO XVI

PARA un español, pocos temas puede haber tan interesantes como el que plantea ese fuerte libro de Blanco-Fombona. En él va envuelta una formidable antinomia: la oposición entre nuestra Épica y nuestra Ética; entre el desenvolvimiento de nuestra historia y su conformidad con la norma moral objetiva.

La Historia, como guía de pueblos, tiene toda su virtud en la irradiación ejemplar que difunde; viene a ser una galería de museo poblada de modelos, para emulación de las descendencias.

La historia de España ha tenido dos grandes actividades o epopeyas: la medieval, o sea la Reconquista, y la moderna, o sea la conquista de las Indias. El libro de Blanco-Fombona, después de un hondo análisis de la psicología nacional, estudia la personalidad genérica del conquistador español del siglo XVI; evocación admirable, recia, vívida. Y como el autor ha tenido la gentileza de dedicarme su libro, en recuerdo de una conversación en que debatimos ese tema fecundo, yo quisiera, de nuevo, estampar algunas notas marginales en esas páginas vigorosas y definitivas.

La nota más característica de todo elemento épico consiste en producir un refuerzo de la solidaridad nacional o patriótica. La Épica es la primera forma de la Religión y, como ella, *religa*, anuda los vínculos primarios entre las estirpes, consigna el primer diálogo entre los hombres y los dioses. De ella emana un arquetipo, una meta de aspiración humana: la vida heroica. El Héroe se forma como una lenta plasmación en el barro humano, por acumulación de sus excelencias estéticas. Y ese heroísmo, trasunto de ocultas y lejanas herencias, decide a su vez la fisonomía colectiva de las razas.

Pero al mismo tiempo, las selecciones humanas van formando otro arquetipo heroico, casi siempre opuesto al de la colectividad. Es el heroísmo ético, de fin humano, que busca la *religación* total de los hombres por encima de las *religaciones* parciales o patrióticas. De aquí nace una Épica divergente, algo como la eterna *ley de gracia*, opuesta a la de *fuerza*; el Nuevo Testamento, opuesto al Antiguo. Y esta Épica humana ha tenido, como motor histórico, tres momentos capitales: el Platonismo, el Cristianismo y el Liberalismo.

Ya estamos situados ante el problema: ¿hasta qué punto nuestro tipo de heroísmo nacional se armoniza con el de heroísmo humano? Esta es la cuestión.

La respuesta, en presencia del tipo genérico de conquistador de las Indias, es desoladora. Contra esa evidencia nada pueden los énfasis oratorios y los diti-rambos de historiador áulico. Los «hé-ros» de la conquista de América han

sido presentados en forma apologética, previamente nimbados por una canonización que los cubría como sacras reliquias. Sus innegables fechorías han sido atenuadas con todos los esfuerzos de una crítica de defensor en estrados. Se ha querido atribuir a los atrasos del tiempo aquellos excesos, a fin de diluir su responsabilidad. Y como coronación suprema de tales empeños, se ha dicho que aquellos hombres estaban, según la fórmula nietzscheana, más allá del bien y del mal; como si esta petición de principio no significase que se oponen, «dialécticamente», a las normas éticas y eternas de todo progreso en la conciencia humana.

Vamos a desentrañar la complicación psicológica que ha podido originar esta ambigüedad de opiniones sobre el conquistador, como tipo heroico.

¿Qué ven sus apologistas en esa textura heroica? Dos fuertes elementos:

1.º El valor personal, el desprecio a la muerte.—He aquí un factor *trágico* a su modo: el de la lucha con los dioses; exaltación de la voluntad personal contra las fuerzas de la Naturaleza hostil. Esa «virtud» (virtud en el sentido etimológico) es innegable; pero, hablando en términos religiosos, es una virtud demoníaca, una belleza satánica.

2.º La enorme expansión que alcanzó por ellos la raza española; el reflejo histórico de su obra personal, en el espacio y en el tiempo; su cualidad de fundadores de pueblos y propagadores de la civilización, a pesar de sí mismos. Este es el verdadero factor *épico*, el que pone una lontananza de naciones bajo el caudillaje providencial de esos guerreros. He aquí la más peligrosa de aquellas ambigüedades.

Tenemos, pues, dos aspectos de la cuestión, ante nuestro juicio: los hombres y su obra. Los medios y el fin. Podríamos ahora decir, una vez más, que el fin no justifica los medios, renovando la debilitada cuestión maquiavélica y jesuítica. Pero no necesitamos ese apotegma vulgar. El tipo de conquistador de América presenta una exaltación de voluntad no atemperada por una exaltación paralela de sentimentalidad. Pertenece a un estelismo de orden inverso, como el de los dioses negros o infernales. No hablemos de sus cualidades intelectivas. «Carecieron de curiosidad intelectual» dice Blanco-Fombona — ante el espectáculo único de civilizaciones interesantísimas que vefan desmoronarse. Páginas tremendas dedica nuestro autor a su documentación sobre la crueldad inaudita de los conquistadores. Y esas páginas son una garantía de imparcialidad para el juicio sintético que se desprende del libro, el cual es la reivindicación más eficaz que hasta ahora se ha hecho de aquella epopeya, porque nada ha querido ocultar o disimular de sus horrores.

Para mí la mayor condenación de esos conquistadores estriba en que su historia nos presenta invertidos los términos del verdadero heroísmo, porque la grandeza está en aquellos imperios que mueren y no en el que nace; la grandeza está en Guatimoc y no en Cortés; en Atahualpa y no en Pizarro; en Caupolicán y Colocolo, y no en los invasores de Araucanía. ¿Acaso no lo sintió perfectamente don Alonso de Ercilla, arrastrado por el impulso épico de su asunto?

En cuanto a la ventaja conseguida para la Humanidad con la gran empresa de España en América, debe hacerse una distinción capital. El progreso humano consiste en la integración de todos los hombres, de todas las razas, en una solidaridad de paz, para su lucha contra las fuerzas enemigas, naturales y sobrenaturales. Pues bien: la conquista de América, vista a la luz de ese objetivo, fué un inmenso fracaso, porque consistió en destruir, sin dejar apenas rastro de él, un foco de cultura que se había mantenido providencialmente virgen de todo contacto con el otro gran sector de humanidad. ¿Quién puede calcular los resultados que hubiera producido la fusión de esa cultura con la de nuestro hemisferio? ¿Qué valen, junto a esa fallida unión, las culturas provenientes de la fusión entre el mundo oriental y el clásico, de cuyo maridaje hemos nacido? España, que ya tenía la culpa de haber fallado a su misión histórica de transmisora de la cultura islamita, cuyos tesoros destruyó en las ciudades vencidas, faltó una vez más al profanar y aniquilar los dos grandes núcleos de la cultura india aborigen. Arrasó esa humanidad autóctona para que sobre ella se formase, lentamente, una expansión de Europa. Pero esto es un fin egoísta, y no un fin tutelar de humanidades infantiles. Y el que considere sin apasionamientos el combate entre la cultura invasora y la invadida, no podrá reprimir una amarga sonrisa al juzgar la superioridad de los guerreros que destruían la pira sacrificial de los dioses mejicanos o peruanos mientras preparaban, en el solar de los templos arrasados, los quemaderos de futuros autos de fe. Y «dos dioses autóctonos de América» dice nuestro autor — caían... al tiempo que resucitaban los dioses del Olimpo... Ese contraste con la gran curiosidad aportada por el Renacimiento acentúa el pecado original de nuestra epopeya, que ni siquiera produjo aquella irradiación de amor por las ciudades violadas que emanaron la Jerusalén de los cruzados o la Constantinopla de los turcos.

Quiero terminar con dos observaciones marginales, que la gran bondad de mi amigo Blanco-Fombona sabrá perdonarme. La prioridad lírica de la lengua galaica sobre la castellana se debió a la afinidad de Galicia con el celtismo bretón, con la escuela cíclica de los *troveros*, uno de los dos fuertes núcleos de poesía en la Edad Media. Así también la primitiva lírica de Cataluña se escribió en provenzal, y no en catalán, porque su adoctrinadora fué la escuela trovadoresca. De todos modos, es verdad que los países de abolengo céltico tienen una predisposición sentimental superior a la de Castilla.

Querido Blanco, yo no creo que España sea un país individualista, a pesar de todas sus aparentes aptitudes de rebeldía... España es un país gregario, aferrado a sus tradiciones inveteradas. Todas sus rebeldías verdaderamente populares se levantaron contra los innovadores. Ese *realismo* que nota Buckle en la psicología española es una profunda verdad. Y no creo, desgraciadamente, que los tiempos actuales sean muy aptos para convencernos de lo contrario...

Gabriel ALOMAR

NUESTROS ARTISTAS
EN EL EXTRANJERO

SANCHA, TRABAJA

HACE ya tiempo apareció en *La Ilustración Española y Americana* una caricatura en la que dos hombres, enflaquecido el uno y excesivamente obeso el otro, se encogían de hombros y decían, exaltando la frase con gesto de absoluta ignorancia: «No sabemos nada, absolutamente nada». Aquel admirable dibujo de sintética y violenta expresión llevaba al pie la firma de Sancha.

Con unos cuantos trazos se daba a conocer un formidable humorista, que luego adquirió nombradía y popularidad justa, y que por intranquilidad espiritual permaneció poco tiempo entre nosotros divulgando su firma y su arte, hasta trasladarse a otros países en donde, como en España, con un corto número de obras bastábase para imponerse y ha-

ja, y trabaja dibujando en revistas innumerables, pintando para concursos, laborando en el arte decorativo, exaltando la visión de España siempre, como lo ha ejecutado en los muros del Centro Español Londinense, en los que el pincel de Sancha perpetuó el carácter de cada una de nuestras regiones con su manera sintética, limpia de artificios y cubileteos. ¡Sancha, trabaja! Nosotros nos congratulamos al propalarlo... aunque él, con su habitual gracejo y desenfado, demuestre un cierto interés por conservar la leyenda...

«¿Me pide usted unos monos? ¡Monos! Detestable nombre, que en Madrid se emplea para dibujos buenos o malos, y que en mi época representaban un va-

de la *Ilustración Española y Americana*. Yo lo había olvidado. Tal vez fué el primero. Después, seguí en *La Revista Moderna* y *Madrid Cómico*. En mi época aún se recordaba a Ortego. Mis compañeros de entonces fueron Mecachis, Cilla. Pons acababa de desaparecer. Navarrete y Rojas se habían devanecido... Ricardo Marín se eclipsó una larga temporada, para revivir después con más fuerza. Igual le ocurrió a Xaudaró. Leal da Cámara, que no es español, sino indio, dejó también de ser dibujante fiel a Madrid... Tan sólo Sileno y Tovar subsisten para mí... A los actuales no los conozco; pero recuerdo a mi amigo Gosé, y ahí está la influencia que dejó mezclando París y Cataluña, y no hay que decir que el amasijo fué bueno.

este océano de las calles de Londres...

Aquí son ustedes más románticos: hay que ser flor... y dejarse picar. En Londres, el espíritu se crea a solas en nosotros y busca fuera su alimento... Así puede desarrollarse y escoger. Aquí he aprendido... ¡hasta... el color! He sabido conocerme a mí mismo... cosa que todos creemos muy fácil... y me he convencido de que valgo muy poco; pero no me importa, porque no es culpa mía. ¿Que en Londres la vida es dura?... Indudablemente; y hasta puede decirse lo que aquel diestro dijo al actor Máiquez: «Amigo, aquí, en el redondel, no es como en el escenario; aquí morimos de verdad». Pero precisamente por eso, todo es más interesante... Aquí hay de todo, lo repito... ¡Hasta compradores de



UN AMIGO DEL ARTISTA



KELLY, EL FAMOSO PINTOR IRLANDÉS

cerse contar como entre los primeros de su género. Dígalo, si no, aquel número de *L'Assiette au beurre*, en el que Sancha satirizaba al pueblo que tanto admira hoy, y el que, según propia confesión, tanto ha fortalecido su espíritu. *Les anglais chez nous* tuvo tal éxito en París, que la firma de Sancha, en unión de la de Leal da Cámara, llegó a cotizarse entre las de más valía.

Francia, sin embargo, no concordaba con el carácter del artista malagueño; era, pues, necesario ir en busca del ambiente propicio, y Londres se hallaba demasiado cerca para no trasladar allí los lápices. Ya en la capital británica, para nosotros la figura de Sancha se desvanecía un tanto. Muy de tarde en tarde, alguna muestra débil de su talento en esta o aquella revista... ¡Es que Sancha ya no trabaja! La gran ciudad, ¿se ha tragado al artista? Nada de eso. La sutileza y finura del humorismo inglés han complementado la sensibilidad del humorista español, y Sancha traba-

lor material de un duro, cosa más detestable aún... ¿Quiere usted destruir mi leyenda? Esto significa que la leyenda es mala. Me habla usted de EL IMPARCIAL, en donde tan buenos amigos tuve toda mi vida... No quiero dejar pasar la ocasión de ayudarle a usted en todo lo que me pide. Voy a explicarme mejor: En primer lugar, no se preocupe usted en destruir ninguna leyenda. Si existe alguna de mí, me encanta; sea como sea, eso quiere decir que se acuerdan de uno, cosa agradable, pues a mí mismo se me olvida muchas veces que existo.

Verá usted: una mañana de verano, muy de mañana, al amanecer, vine al mundo. El sol despuntaba, el aire era muy débil y en la calma azul de la atmósfera, tendido como un tambor, vibró el canto de un gallo; como un eco más lejano se oyó otro...

¿Qué más puedo decir a usted que yo recuerde o, por lo menos, que tenga alguna importancia?...

Me ha recordado usted un dibujo mío

«Y qué más puedo añadir? Que no soy un profesional de nada. Me divierten las cosas a ratos, y el ser dibujante o pintor, para mí tiene muy poca importancia. El arte está en la vida y en la capacidad de sentir. Lo demás son *business*. Ahora vivo la vida, sintiéndome más joven que a los veinte años, y debo a Londres el mayor desarrollo de mi espíritu.

Aquí llevo cerca de diez años, que han pasado con una pasmosa velocidad, y considero mi única obra de valor en este mundo cinco hijos que tengo de catorce a nueve años, que disfrutan de admirable salud, tanto física como moral, y, además, son guapos... ¡Y yo trabajo! ¡Trabajo! A pesar de no considerarme profesional para echar medias sueltas a siete pares de zapatos, que hacen un total de catorce piezas, y llenar las siete bocas del monstruo, ocupándome del arte a veces. Sueño... cuando no hacen mucho ruido los siete pares de zapatos o cuando voy solo en el top de un Bus, viajando por cuatro perras gordas, en

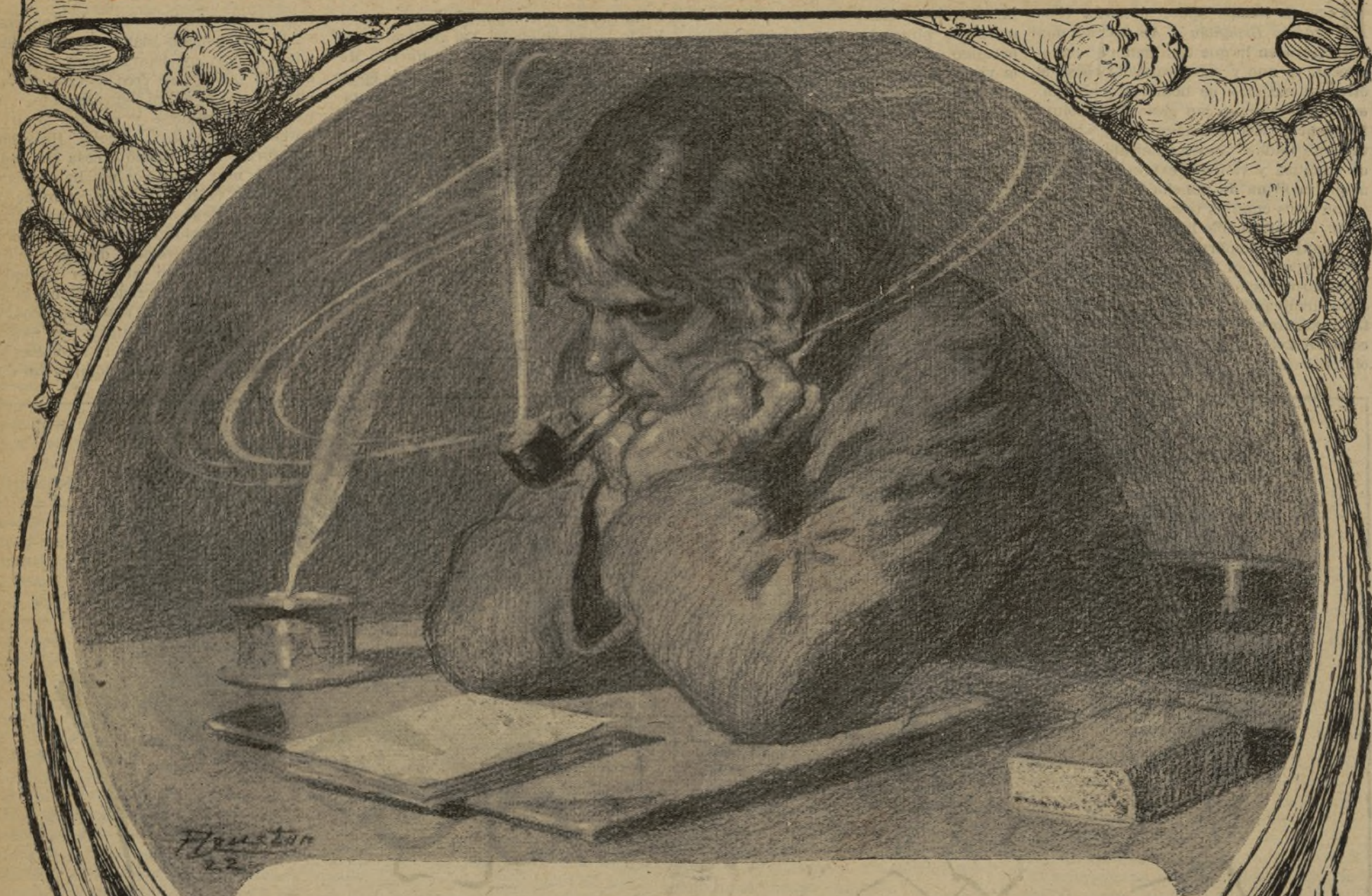
cuadros!, que es difícil descubrirlos... pero que sé que existen...

Yo quisiera confesar mis años; pero prefiero hacer una consideración. Verá usted: Hay un puente del ferrocarril del G. W. R. por donde paso todos los días, y este puente, de hierro tosco y pesado, tiene en el centro de su trayecto una placa donde consta la fecha de su construcción, 1878... Pues bien; yo pienso que el hierro debe de tener muy poca espiritualidad, porque se enmohece y parece muy viejo. ¡Cuatro años tenía yo cuando construyeron este puente! ¡Y todavía no me he dado cuenta de la vejez!... ¿Se convence usted de cómo ni aún en eso soy demasiado profesional? Yo, de los años..., no soy mas que un aficionado... ¿Quiere usted que le diga algo más?»

Nada más—añadimos nosotros a tan optimistas declaraciones—como no sea el insistir en que Sancha trabaja más que nunca.

G. F. T.

EL VIAJERO



El poeta fuma y medita
en la estancia familiar,
después del largo viaje
del que no pensó tornar.

Detrás de los blancos muros
se adormece la ciudad...
El viajero tiene miedo
de empezar a recordar.

El mentón entre las manos,
perdida en la inmensidad
la mirada melancólica,
abstraída y sin mirar;
la vieja pipa en los labios
y por airón la espiral
del humo que da su pátina
de ensueño y de vaguedad
a la estancia silenciosa
y a los retratos que están
pendientes de las paredes,
entre olvido y humedad:
¡viejos retratos, que siempre
aguardan al que se va,
con las pupilas inmóviles
y con sonrisas de paz!

El poeta siente miedo
de empezar a recordar;
pero en la tranquila estancia
todo le invita a soñar.

La pluma espera la mano
que antaño la hizo temblar,
sobre las blancas cuartillas
en la creadora ansiedad;
gime el viento en el balcón
y ábrense de par en par

las vidrieras... Diríase
que otra vez quieren mostrar
la vieja plaza al poeta,
con su fuente secular,
con sus bancos—piedra y musgo—
y su infantil arrayán;
amada plaza, que aún tiene
un torrente artificial
y una casa ornamentada
con conchitas de la mar...

El viajero, sin quererlo,
Ha empezado a recordar.

Desde la pared se inclina,
nimbada de eternidad,
la figura, ya esfumada,
de la amada de otra edad,
que aún conserva entre las manos
el simbólico azahar
con que se entregó al poeta
al pie del severo altar,
por siempre, bajo el incienso
de la bendición nupcial.

Y la capa estudiantil,
que sobre un sillón está,
también convida al viajero
a terciársela, marcial.
¡Volver a alegrar los claustros
de aquella Universidad,
donde escribió tantos versos,
...donde no estudió jamás!

Fuma el poeta su pipa,
mientras sigue la espiral
impoluta... Tiene miedo
al dolor de recordar.

El blanco lecho, en la alcoba,
con sus tibiezas de hogar
—mostrándole la almohada
donde descansó el afán
de sus años juveniles—,
para recibirle está.
Entre las amables sábanas
de nuevo podrá soñar;
pero ¿quién, estando solo
con su alma, no tendrá
miedo de oírlo?... El poeta
quiere huir, por no evocar.

Las amplias calles, desiertas
en la alta noche, darán
a los pasos del viajero
su hueca sonoridad;
él, quebrantando el silencio,
hacia el barrio secular
donde está la amada casa
de la muerta, cruzará,
sintiendo ante cada piedra
sobre su alma el puñal
de la evocación... ¡El tiempo,
que pasó, no tornará!

Fuma el poeta, y se encierra
en el castillo ideal
que forma el humo en el aire
de la estancia familiar.

El viajero se ha dormido
al primer beso solar...
¡Detrás de los blancos muros
se alboroza la ciudad!

Juan G. OLMEDILLA

LA AVENTURA DEL DOCTOR HERBOLARIO

El doctor Herbolario salió muy de mañana y se fué monte arriba. ¡Por fin se le cumplía su mayor ilusión!... Diez años enteros se había pasado estudiando en los libros la existencia de los insectos y hierbas de Nueva Caledonia, pero nunca había conseguido reunir dinero suficiente para ir en persona a tal país, con objeto de recoger las hierbas en el propio terreno y cazar los bichos en la propia cuna, en vez de contentarse con ver unas y otros pintados en las estampas de los libros.

De sobra sabía el doctor Herbolario que hay, por ejemplo, veinte variedades de *Nefelicus mélica*, y que todas ellas tienen las patas fusiformes y aneloides el tórax; pero jamás las había visto volar ni había podido cazar una sola.

Pues bien; el Gobierno pensionó por fin al doctor Herbolario para que pasara los cuatro meses de verano en el reino de Nueva Caledonia, a fin de terminar sus estudios sobre el terreno...

Y el doctor Herbolario, una vez en posesión de su beca veraniega y personalmente en la capital de Nueva Caledonia, salió al campo con un bote de botánico al costado, un caza-mariposas al hombro, un buen sombrero jipi para el sol, un botiquín para las picaduras, una lupa enorme y una buena merienda para no tener que volver a casa en todo el día y poderlo pasar entero en el campo de operaciones.

Tuvo suerte; a los diez minutos de andar se topó con un ejemplar extraordinario de mosquito. Se sentó al pie de un árbol, agarró al bicho por las alas y sacó la lupa para examinarlo a conciencia.

Pero en el momento de mayor reconcentración, sintió que una garra de hierro le sujetaba por los brazos, y al volver la cabeza con sobrecogimiento y sobresalto, vió que las garras pertenecían a dos feroces Pielés Rojas, que le atenazaban sin piedad, mientras que otros compañeros se le colocaban delante, amenazándole con las lanzas y disponiéndose a ensartarle en cuanto hiciera el menor ademán de defensa.

No eran necesarias todas aquellas precauciones, porque el pobre doctor no trabajaba de defenderse. Bien al contrario, pedía compasión y explicaciones con voz lastimera. Pero aquellos energúmenos no le entendían por lo visto, porque no tomaban en cuenta sus palabras y sus amenazadores ademanes, como si el pobre doctor, en vez de palabras de clemencia, soltara por su boca denuestos e improperios. Frenéticos por completo, fuera de sí, le cogieron con la misma desconsideración con que el propio doctor acababa de coger el ejemplar extraordinario de mosquito, y empezaron a liarle el cuerpo con una especie de sogas, formada con raíces del *Terebinto Tropicaria*.

El entomólogo (porque sabréis que los hombres que se dedican a buscar insectos se llaman—¡qué le vamos a hacer!—entomólogos) estaba temblando y más cercano a desmayarse que a huir. Pero aquellos salvajes ni veían ni entendían por lo visto, y, por tanto, después de ligarle y anudarle con toda clase de complicaciones refinadas, le colocaron sobre la montura de un petro y echaron a correr a galope tendido por cañadas, ba-

rrancos y valles... ¡Ah, qué horror!... Las sacudidas de la cabalgadura zarandeaban al pobre entomólogo como si fueran las cántaras de leche de esos lecheros centauros que habréis visto pasar por las calles de Madrid, incomprensiblemente desbocados.

¿Adónde le llevaban? El doctor Herbolario no estaba en situación de preguntárselo. Pero luego, llegados por fin al campamento de la tribu y viéndose tirado allí durante una hora seguida, tuvo tiempo de preguntárselo todo, de hacer examen de conciencia y de añadir a sus tormentos físicos el suplicio de los remordimientos y de las recriminaciones a sí mismo... «Ah, imprudente de mí... ¡Ah, desgraciado!... ¡Ah, bobalicon y pa-

panatas! — se decía el doctor Herbolario—. ¿A quién se le ocurre no informarse previamente de las contingencias que pueden ocurrir en los montes de Nueva Caledonia?... ¿Cómo no previste, insensato, que te pudiera ocurrir lo que te ocurre?... ¿Cómo no acertaste a pensar que vivían Pielés Rojas en esta comarca?... No creíste que a tales alturas pudiera haber ataques de esta clase. Pero ya ves, los hay; ya lo estás viendo... Y es que te has pasado la vida entre *Nefelicus*, y te figuraste que en el mundo no había más insectos, y hay otros animales... El sabio no puede impunemente dedicarse de plano a los *Nefelicus* y desdeñar a los hombres del planeta... Hay que tener en cuenta a los más o menos semejantes...»

Y un mosquito, un ejemplar único y raro, un ejemplar no catalogado hasta la fecha, posó sus patas elegantes y su selecto aguijón de ejemplar único en el vértice, en la cúspide, en la cima de la rubicunda y roma nariz del doctor Herbolario. ¡Habría desgracia! ¡No poderle coger ni poderse soltar!... Quién sabe si el mosquito aquel coleccionaría entomólogos; tal vez el doctor Herbolario fuese también un ejemplar único y precioso, valga la palabra, para los insectos antropólogos...

El doctor Herbolario se resignó. Y hacía muy bien, porque le esperaban momentos peores, y no es prudente nunca desesperarse así de pronto y gastar la paciencia que puede hacernos falta más tarde... Al doctor Herbolario le esperaba nada menos que un consejo sumarisimo. El jefe de la tribu llegó con los Pielés Rojas que habían prendido al doctor; le examinó con gran atención, y dió unas órdenes... Libre ya de las ligaduras, pe-

ro sujetos los brazos a la espalda por medio de unas tablas, al uso indígena, llevaron al doctor Herbolario a una plazaleta exagonal, rodeada de cabañas, donde, una vez desnudo, le ataron a un poste... Formaron los salvajes delante de él un semicírculo, y por la ceremonia y los gestos comprendió el doctor Herbolario que estaba celebrándose un consejo de guerra y que el reo era él... El doctor Herbolario tuvo por primera vez en su vida un pensamiento heterodoxo: «Mallo—pensó—; todo esto es pura fórmula; de fijo que quieren cortarme la cabeza». Se engañaba, sin embargo; cuando vió que prendían una hoguera, comprendió que no le esperaba la cuchilla, sino la parrilla. Pero tampoco de momento...



Quedábale otra nueva y larga ceremonia.

Le colocaron en una especie de andas, formadas con troncos de árboles sin desbastar, y le pasearon en procesión por toda la tribu. Abrieron el cortejo unos negrazos con picas enormes, y otros con una especie de tridentes. Después, iban los magistrados; después, el rey con la reina; detrás, la música, compuesta de pitos y timbales, hechos de piel de antilope, y, por último, el reo, custodiado por doscientos hombres, cargados con un modo de balde monstruoso, que contenía una substancia blancuzca y mal oliente, de aplicación desconocida.

Una vez que en procesión recorrió toda la tribu, llegaron de nuevo a la plazaleta de la hoguera y comenzaron los preparativos de la ejecución. Entonces comprendió el doctor Herbolario para qué servía el contenido del balde: era un ungüento, o por mejor decir un unto; era una especie de grasa, sebo, manteca, o como se le quiera llamar, con lo cual untaban a los reos antes de arrojarles a la hoguera, a fin de que la carne se asara y quedase después la víctima agradablemente comestible. Aquella tribu había alcanzado ya por lo visto un grado considerable de civilización, y juzgaba inútilmente cruel la costumbre de castigar por castigar, de matar por matar, y atenúa lo cruento de la pena dándole una aplicación ulterior de utilidad humana y de conveniencia pública. No llevaba a los reos a la hoguera por simple crueldad, los llevaba por proporcionar a la tribu el alimento, el sustento que todos los humanos necesitan.

Estaba ya condimentado el infeliz Don Herbolario y ya sujeto a los tridentes, que resultaban ser parrillas a la usanza

salvaje, cuando se oyó un grito de mujer, y una criatura adorable, blanca, completamente blanca, de cabellera rubia, ojos azules, cara ingénua, se precipitó sobre el grupo de indígenas y abriéndose paso se arrojó al cuello del doctor, convulso, lloroso, desmelenado, jadeante, gritando con voz estremecida:

—¡Padre! ¡Padre!... ¡Oh, divina exclamación!... ¡Oh, la voz inefable de una hija que dice «Padre, padre!»... El doctor Herbolario, que no había tenido en su vida ninguna clase de hijas, comprendió entonces cuánta razón tienen los que aseguran que el sentimiento de la paternidad derrama por el espíritu una felicidad incomparable.

La hija llevaba en la mano un documento que mostraba, y a la vista de aquel no sé si papel o pergamino, hizo el jefe de la tribu unos cuantos gestos de absolución, y no sólo se abstuvieron sus secuaces de entregar a las llamas al doctor, sino que le quitaron las ligaduras y le dejaron en libertad, saludándole con todos los honores.

Dos pensamientos contrarios y turbadores pasaron en aquel momento por el magín del entomólogo. Primero pensó: «Me ha llamado padre, y no es mi hija. Si descubre la equivocación, volverán a echarme a la hoguera...» Luego pensó: «Dios mío... ¿Si resultará efectivamente que tengo yo desde hace tantos años una hija?»

Y combatido por tan contrarios sentimientos, lloró de emoción, y entre la risa y el llanto abrazó a la criatura y gritó: —¡Hija mía!

Al presenciar aquella escena todos los salvajes se echaron a reír y comenzaron a dar vivas y hurras de entusiasmo. La hija también se echó a reír, y todos se pusieron a comentar el magnífico resultado, hablando ahora en el mismo lenguaje que el doctor.

Estupefacto por centésima vez, Don Herbolario miró en derredor suyo, con ese gesto clásico de las personas que no consiguen explicarse lo que les pasa. Y entonces, ¡oh, Dios mío, lo que vió de pronto el doctor!...

¿Saben ustedes lo que vió? Pues muy sencillo: un aparato de impresionar películas.

Aquellos indios, no eran indios; aquella tribu, no era tribu; era la compañía de una casa importante de películas que, dirigida por un hombre emprendedor, compañero de hotel del doctor Herbolario, había concebido aquel supuesto drama y había pensado que, cogiendo de aquel modo al doctor, lograría que éste hiciera su papel con propiedad maravillosa.

El doctor, al comprender la verdad, se enfureció y abochornó. Pero encontró más tarde compensación holgada a su bochorno: las casas de películas del reino, al ver en la pantalla al personaje aquel que hacía de doctor y advertir que era de un grotesco tan insustituible y sublime, le ofrecieron cantidades fabulosas para que se decidiera a continuar haciendo el ridículo.

Esta fué la razón por la cual renunció el doctor Herbolario a la entomología y se dedicó al cinematógrafo, vía que le reservaba el destino y para la cual había nacido.

JUAN DE LAS VIÑAS

VISIONES DE LISBOA

EL FADO DE LA ALFAMA

Todas las grandes ciudades tienen un refugio solapado y traidor.

Suele ser la parte más vieja, la más pintoresca, la más característica y la más llena, por lo tanto, de recuerdos y tradiciones.

En Lisboa, ese barrio está a la vuelta del Rocio, en el sector más céntrico y urbanizado, ocupando una altura, dominada por el castillo de San Jorge, que declina por uno de sus lados hacia el Tajo, hacia lo que debió ser en la antigüedad caserío de pescadores y mercaderes judíos, por donde le viene el nombre hebreo de Alfama o Aljama.

Por eso quizá, por estar enclavado en el corazón mismo de Lisboa y hasta partido por alguna calzada moderna, como la alegre de San Vicente, u horadado por alguna gran plaza, como el tranquilo Campo de Santa Clara, parece ser más de la capital, más de ella en el sentido de llaga extendida sobre su tersa piel en el sitio precisamente donde más puede afearla y entristecerla.

La Morería o porción alta del barrio es sordida y angosta; pero apenas se la aprecia en su valor pictórico: un montón de callejas nefandas, escaleras de gruta y casas pobres; goloso tema para un aguafuerte. La Alfama es, además, literaria. La literatura cayó sobre ella con tanta avaricia de su escenario, de su vida, de sus costumbres y de sus tipos, que la ha desfigurado a fuerza de especulaciones. Y así como hizo del Barrio Latino de París un poema de bohemia sentimental y pícaro, y de los Barrios Bajos madrileños un gracioso sainete verbenero de majos y manolas, y de Triana una rutilante policromía de abanico, ha compuesto el «fado» de la Alfama.

Toda la Alfama no es ya más que un «fado» de la literatura portuguesa, con cierta celebridad de barrio trágico, algo espantoso y misterioso, que detiene al forastero bajo los arcos achatados como ojos de puente, o le hace vacilar al tomar por una de sus encrucijadas.

La tragedia puede no existir; pero se presiente. Como se presiente el «fado», aunque no se oiga, en la boca mal pintada de esas pobres mujeres, sucesoras de «La Severa», cuya osamenta se adivina dentro del matiné blanco y las medias a rayas de colores. Es la literatura amontonada allí durante muchos siglos.

Lo que sí hay en la Alfama, en sus calles torvas, de un metro de anchura, en sus casucas medio vencidas, en sus ventanas desiguales colgadas de ropa sucia, en sus rēcodos violentos, en sus plazoletas precarias con un solo farol apagado, en todo su seno de barrio hosco y maleante; lo que sí hay es la huella profunda de que la vida no palpita allí como en la ciudad con alegre aleteo, sino que se arrastra, viscosa y desfalleciente, como un reptil.

Esas mujeres vestidas de blanco, esos fadistas de pantalón estrecho y sombrero hongo, esos chiquillos descalzos y morunos, esas viejas de encorvado perfil, más que caminar se arrastran trabajosamente, atraídas por las sombras intensas... donde alguna vez brillan los ojos siniestros de un gato o la lengua acerada de un cuchillo. Tampoco hablan. Hacen resbalar las palabras con acento quejumbroso de fatiga por las gargantas quemadas de alcohol.

Donde más se percibe esta impresión de arrastramiento es en las tabernas.

Las tabernas de la Alfama están desgastadas por el roce de pies, de codos y de manos. El mostrador de madera, pulimentado por el continuo tránsito de jarros de vino, está lleno de ondulaciones, como esas carreteras muy frecuentadas, en las cuales las ruedas de los carros cavan profundos cauces. El cinc que cubre las dos o tres mesas, aparece arañado en sus bordes por las uñas de los jugadores de naipes. Los asientos de los taburetes tienen ya una forma acogedora y cóncava. Las tablas del piso, desajustadas, carcomidas y sueltas, semejan la cubierta de un baje de piratas. A un extremo del mostrador parpadea su amarillenta llama un quinqué de petróleo; sin tubo. Y en el yeso de la pared puede verse la herida negra que aquella llama ha socavado arrastrándose, delgada y flácida, hasta perderse en la mancha negruzca del techo.

Los pellejos de vino tienen también ese pulimento peculiar del roce de las manos. Y el tonel rezumante ha perdido, a fuerza de manipulaciones en su lomo convexo, la limpia línea de su curva.

Todo está allí deprimido, lustrado y limado, como si la gente pasara por la taberna arrastrando su cuerpo... como deben estar las cuencas de esas rocas donde anidan los áspides en viscoso montón.

No son menos innobles las carbonerías y tiendas de géneros alimenticios (mercerías), donde también se vende y bebe vino; aquellas, cubiertas de polvillo negro incrustado en las paredes y los muebles toscos; éstas, lubricadas con el sebo de los groseros embutidos baratos.

La mortecina luz del quinqué, con ser tan pobre y lánguida, alumbra los grupos de borrachos, jugadores de cartas y «fadistas», entre los cuales suena monótonamente la guitarra de cuerdas metálicas, con el mástil rematado por una voluta. El «fado» se desliza entonces, desdeñoso y lento, como si manara con dificultad, sin bríncos ni cabriolas musicales. Las pependencias frecuentes son también silenciosas, sin tumulto. Golpes secos, choques sordos contra las paredes. Un cuerpo que se desploma pesadamente. Otro que desaparece confundido en la sombra hospitalaria. Algún quejido leve... ¡Gajos de ronda!... ¡Dar aos bufes!

Una noche advertí en una calle una raya de luz algo más viva que la que suele salir de las tabernas. A esa luz se veía unas cuantas mujeres inmóviles. Me acerqué.

Era una casa miserable, con una puerta estrecha y un aposento, de igual ancho que la puerta, ocupado por una cama de hierro, cuyos pies descansaban en mitad de la acera.

Había muerto una de las vecinas. Es decir, había acabado de arrastrarse uno de aquellos trágicos esqueletos de matiné blanco y almidonado. La muerta, medio tapada por una colcha a flores, embadurnada todavía de colorete y polvos, estaba allí tendida, entre dos velas

atadas a los boliches de la cama. Las otras mujeres la contemplaban en silencio, familiarizadas, sin duda, con la escena, resignadamente confortadas con aquella macabra exhibición.

Se me acercó una niña medio desnuda, y de su confuso portugués, mezclada con el turbio «calón» fadista de la Alfama, creí deducir que me pedía una limosna.

Cerca de allí sonaba una guitarra se oía cantar a una mujer.

En otra mancha de luz se pegaban los hombres.

Todo lo demás era oscuro y solitario.

Pero la muerte no repugnaba en aquella calle alevosa y húmeda, entre las velas amarillas y las caras estúpidas de fúnebres payasos. Parecía lo natural.

Gil IMON

TEMAS VERANIEGOS

EL TEATRO AL AIRE LIBRE

En estos días primeros de julio, mientras el que más y el que menos hace sus maletas para un viaje a Pozuelo o a Carlsbad, la gente, por las noches, gusta de ponerse en contacto con el aire libre.

Los espectáculos bajo la regia techumbre donde brillan las estrellas, son ahora los que se llevan todo el público, y, merced al indudable encanto de este que pudiéramos llamar teatro de la Naturaleza, van muriendo poco a poco los espectáculos invernales, como un enfermo que agoniza por anemia.

En un jardín céntrico de Madrid actúa ahora una compañía de opereta italiana; no deja de ser curioso dedicarse a observar al público mientras el telón está levantado. Porque el estado de ánimo de los espectadores del teatro veraniego no es ni mucho menos el mismo de los oyentes en un local cerrado, aunque en la mayor parte de los casos las personas sean las mismas.

Lo primero que se nota es que al teatro veraniego asiste la mayoría de la gente con una gran confianza, algo así como si moralmente fuese en mangas de camisa; y la primera consecuencia de esa llana predisposición del espíritu es que el espectador se cree autorizado para hablar en voz alta con su vecino de localidad y aun con el que ocupa su asiento unos metros más allá. Es decir, que en los teatros sin techo se agudiza esa manifestación de la educación torcida, en virtud de la cual el público español—por ahí fuera el caso es rarísimo—se cree autorizado a romper el silencio de una sala de espectáculos cuando está alzado el telón.

Al aire libre la cosa resulta doblemente molesta, pues es lógico que las condiciones acústicas de un local que en la mayor parte de los casos no es más que una era llena de sillas, han de ser bastante medianas; el esfuerzo para oír lo que se dice en el escenario tiene que ser mayor que en un local cerrado.

Otro aspecto pintoresco de los teatros al aire libre es el de los caballeros cubiertos. Con el pretexto de que el relente de la noche les hace daño en la cabeza, algunos ciudadanos se creen en el deber fisiológico de permanecer con el sombrero puesto durante la representación: casi siempre de lo que se trata es de ocultar una cabeza marfileña o de evitar el riesgo de que unos peluchos sabiamente colocados sobre ella se alcen insurgentes a la menor ráfaga de aire o al dar una nota aguda la tiple o el tenor. Pero en ambos casos podría decirse a cualquiera de esos señores cubiertos:

—Caballero, tenga usted el valor de su alopecia... Julio César era calvo, y ¡ahí le tiene usted!

Lo molesto de la cosa no es lo que ella tenga de falta de respeto a los demás; es que, con esos sombreritos jipis de ala abarquillada, que tanto se usan ahora,

hay veces, lector, en que entre usted el escenario se interpone una mole de ja que parece un almiar.

Pero hay algo más típico que todo esto, y es el señor—me refiero, concretamente al caso de la opereta italiana—que a voz en grito alardea de no entender una palabra. Tú sabes, lector, que como antaño era moda presumir de conocimiento de idiomas extranjeros, lo gaño lo es hacer alarde de una suprema ignorancia de ellos. Hoy hay señor que en el curso de una discusión dice, muy grave:

—Yo, que no sé una palabra de francés...

Y lo dice con el mismo orgullo con que podría decir:

—Yo, que no he estado nunca en presidio...

No se sabe a qué obedece esta moda. Las modas no suelen obedecer casi nunca a nada. Hay quien dice que es una consecuencia de la guerra; pero lo grave del caso es que ese señor que hace gala de no entender a Poincaré, tampoco sabe media palabra de alemán...

Estas visitas de compañías extranjeras suelen ser una buena ocasión para presumir de tales ignorancias. Pero no quita para que a lo mejor el presuntuoso oiga una palabra italiana, y, con regocijo, se apresure a verterla al castellano, en voz muy alta, para que se oír en doce metros a la redonda.

La otra noche tuve la felicidad de estar cerca de un tipo de esos.

—Un baccio—dijo a voces, en un paraje de la obra—. Eso quiere decir un beso.

—¿Quién es ese?—me preguntó un amigo.

—No sé; debe de ser alguno de la bajada italiana.

Joaquín BELDA

EDITORIAL MUNDO LATINO

LARRA, 10

El ilustre crítico Gabriel Alomar, dedica sus más fervorosos elogios a

La Muerte Nueva

Novela de

A. Hernández Catá

que, por las cuatro maravillosas figuras de mujer que rodean al atormentado protagonista y por la tersura y la fuerza del estilo, constituye uno de los libros más profundos y bellos de la literatura contemporánea

PEDIDOS: En todas las librerías, y al por mayor, en la de Yagües, Caballero de Gracia, 28

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

BAZA.-Impresiones de viaje

PROEMIO

Entre las dos provincias de Almería y Granada, Baza, la antigua, se extiende en sus amplios horizontes, satisfecha de su tradición y laborando hacia un progreso próximo y seguro. Es una ciudad fraternal y trabajadora en el campo y en la fábrica. Nos hemos detenido dos días visitando sus sectores mercantiles, sociales y administrativos, y nuestras entrevistas arrojan el siguiente resultado:

Administración y problemas locales.

El abogado y rico propietario D. Nicolás López del Hierro dirige desde la Alcaldía los destinos de esta población, cuyos problemas y necesidades, preocupándole como hijo de la misma, conoce merced a una larga experiencia de municipio.

Tiene el buen criterio de considerarse en la Alcaldía lo menos político posible. Aquí lo primero es la administración, van pasando a la historia los enconos partidistas, que, sirviendo sólo para perder tiempo y envenenar pasiones, sumen las provincias en desbarajuste perdurable...

En 1919 empezó López del Hierro la serie de mejoras que hoy disfruta la población bastetana en el alumbrado, el ornato y urbanización de las calles, el hospital, magnífico como pocos en su clase, y el cuartel de la Guardia civil.

Con buena táctica de economista, va encorsetando y neutralizando la Hacienda municipal sin grandes agobios para el vecindario, labor hoy poco menos que imposible, por haberse suprimido muchos medios de vida de los Municipios en tanto aumentan las exigencias de los organismos provinciales y se duplican las obligaciones a que atender.

La enseñanza pública hallase asistida con generosidad, existiendo ocho escuelas gratuitas en locales cedidos por el Municipio, que, con el alcalde a la cabeza de toda iniciativa, hácese acreedor a la estima del pueblo, empeñando hoy sus entusiasmos en un proyecto de construcción de casas baratas para obreros y velando por sostener, en lo posible, el precio condicional de las subsistencias, demostrando, saber lo que ignoran otros municipios «más altos»: esto es, que la política de la vida fácil es la piedra de toque de toda autoridad que se estime algo.

Completando en detalles de otro orden la labor por el engrandecimiento moral

y material de su pueblo, ha conseguido el inteligente Sr. López del Hierro que se eleve a Excelentísimo la jerarquía del Municipio, y tramita ahora el expediente de ascenso del Juzgado a la categoría de término.

¿Problema en pie por resolver y aspiración unánime del vecindario de la noble ciudad?

La traída de aguas. Este es el complemento, la necesidad perentoria e indispensable, que tal vez se convierta, a no tardar, en hechos, si los Poderes públicos acogen con el debido interés el proyecto, que el Municipio no olvida ni un instante.

Y es que cuando las inquietas de la política menuda cesan, como viene sucediendo en Baza, y todos orientan sus esfuerzos hacia el interés colectivo, puede salirse del marasmo y pretender con éxito figurar en el concierto de los pueblos dignos.

INDUSTRIAS

Chocolates San José.—Hijo de Emilio Castellano Manzano.

Hace un año o poco más que se instaló, en la Plaza Mayor, núm. 1, esta fábrica de chocolates, movida por electricidad, y todo fué instalarse y conseguir, *ipso facto*, crédito considerable, fama amplia y clientela numerosa.

Acreditar rápidamente un producto y una marca es punto menos que imposible cuando aquél no supera a toda ponderación. Pero esto es lo que ocurre en los chocolates San José (de Hijo de don Emilio Castellano), a base exclusivamente de cacao, azúcar, harina de arroz y canela, que, por superar a toda ponderación, han operado el milagro, disputándose, por puros y exquisitos, en los mercados de España.

Nuestra enhorabuena al raudoroso fabricante.

Fábrica de lonas, géneros de algodón y artículos similares.—José María González Aragón.

Hemos apreciado la bondad de los productos de esta Casa, sita en la calle de Méndez, 2 y 4.

Los telares mecánicos son modernísimos, sistema 1921. Fabrican toda clase de tejidos de algodón, cuyos resultados son excelentes por su limpieza y solidez. De aquí que la Casa sea tan favorecida y no pueda dar abasto a los innumerables pedidos que recibe.

“La Cereglusa”.—Preparado del licenciado D. Salvador S. Ortiz.

Aquí, en Baza, se encuentra la farmacia y laboratorio del ilustre licenciado D. Salvador S. Ortiz, famoso ya por su preparado de *Cereglusa* (de extracto de cereales y leguminosas), aprobado y recomendado por muchas eminencias médicas.

La *Cereglusa*, producto de un hombre de conciencia profesional y científica, ha venido a resolver el problema de la alimentación del niño y del enfermo, extendiendo su popularidad en el extranjero.

Andrés Navarro Martínez.—Fábrica de tejidos de algodón.

Dirigida por el joven y notable ingeniero textil D. Antonio Navarro y Velázquez de Castro (hijo del propietario de la Casa), funciona esta fábrica, la más antigua, en el núm. 7 de la calle de Tennerías.

De toda esta zona andaluza afluyen infinidad de comerciantes a surtir en los almacenes de Navarro Martínez, que goza, de tiempo inmemorial, crédito amplio y cimentado sobre las buenas bases del trabajo y la honradez.

SOCIEDADES

El Casino Bastetano.

Se fundó en 16 de enero de 1881, para recreo y solaz de sus socios, que fueron, desde el primer instante, todos los elementos sobresalientes y distinguidos de la vida local.

Poco a poco ha ido mejorándose, hasta llegar a ser actualmente uno de los primeros en pueblos de la categoría del que nos ocupa.

El Casino Bastetano cuenta con un servicio de repostería tan surtido como exquisito.

Sus salones, magníficos, llaman la atención del forastero. La biblioteca, selecta, escogida por mano inteligente, ofrece a la juventud estudiosa caudal de ciencias o expansiones de buena literatura clásica y moderna.

En los meses de estío celebran magníficos conciertos alternos por una orquesta de profesores.

La Junta actual del Casino Bastetano la componen: Presidente, D. Jesús Domínguez Valdivieso; tesorero, D. Francisco Peláez Molina; secretario, D. Víctor Manuel Jiménez; bibliotecario, don Antonio Sabatell Alcázar, y vocales: don Pedro Marín Castillo, D. José Castellano

Vita y D. Antonio Fores Garnica; vicepresidente, D. Moisés Alcón Crín.

Sociedad simpática, situada en el mejor sitio de Baza, en ella las horas transcurren agradables y el viajero queda impresionado gratamente del buen gusto que preside siempre la obra de los bastetanos.

Casino de Artesanos.

Esta es una social ideal y extraordinariamente simpática. Se fundó en el año 1870.

Independiente y distractiva, su misión consiste en unir a los hombres en concordia y armonía de hermanos, acogiendo a todos sin distinción de clases ni matices, exigiendo tan sólo una cualidad: la moral de conducta.

Obreros y patronos, rojos y blancos, conviven aquí en camaradería encantadora, en paz y en orden.

La casa que ocupa ha sido adquirida recientemente por la Sociedad.

La actual Junta directiva, además de adquirir el inmueble, ha realizado importantes obras, construyendo preciosos salones y un patio atractivo, con saladeros de agua potable.

Compónese esta Junta en la forma que se expresa a continuación:

Presidente, D. Florencio González Cardona, doctor en Medicina, médico forense; vicepresidente, D. Pedro Marín Castillo, funcionario del Juzgado; tesorero, D. José Castillo Moya, propietario; secretario, D. Manuel Larroche Gala, empleado; vocales: D. José Menéndez Calvo, sastre, y D. Rafael Ortega Avila, carpintero.

La constitución de la Junta es una prueba de la armonía que reina en este Casino, constituido para estrechar todas las manos en la amistad y el orden.

—¿Ha probado usted los Chocolates San José?

—No.

—Pues pruébelos por una sola vez. Usted será consumidor de este artículo y hará que lo prueben sus amistades.

HIJO DE EMILIO CASTELLANO
BAZA (Granada)

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

Instituto Católico Complutense
ARENAL, 26, PRAL.-APARTADO 263
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado.—Pensión 170 pesetas.
Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

OBJETOS DE OCASION
Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES
Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-65

ESMALTE ORO “EL SOL”
para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

TURBINAS
para cualquier salto y caudal.—Establecimientos Benninger. Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20.—MADRID



Medias y calcetines de seda, hilo y algodón muy resistentes y económicos por su duración.—**Hortaleza, 82, LA ESTRELLA**
Todo el que compre 25 pesetas de estos artículos se le regalará un billete legítimo de mil coronas, si el cliente lo exige

CASA JIMENEZ
Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—**CALATRAVA, 3.**

AGUAS DEL INCIO-Bóveda (Lugo)

De sobremesa, con motor fijo y con motor movable; universales, para mesa y pared; de techo, de muro, centrífugos, para minas, para aire húmedo, etcétera, etc.

Grandes existencias para entrega inmediata

PÍDANSE EN LA

Ibérica de Electricidad (S. A.)

Madrid.--Barcelona.--Bilbao.--Gijón.
Sevilla.--Valencia.--Zaragoza y en los principales establecimientos de venta de material eléctrico.



ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

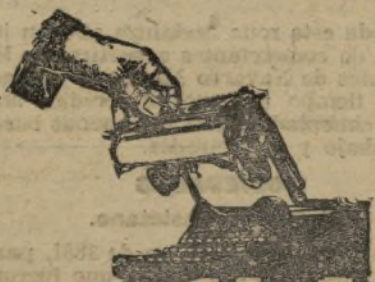
Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas
a plazos
con
precios
de
contado.



Envíos
a
provincias
Aparatos
con
cocina
o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a
ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID



CORONA

LA MÁQUINA DE ESCRIBIR PERFECTA

Se dobla como un libro
Sólo cuesta 500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter C.^o Groton
GASTONORGE C. A.—Sevilla, 16.—MADRID

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

♦ ♦ ♦

SERRANO, 17

AYALA, 60

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Entrada al vestíbulo del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.—Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

Philips

Swart



La preferida mundialmente
Pídanse en todos los establecimientos de Electricidad

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: San Agustín, 2.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.